

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Magdalena Toro

(Medellín, 1924 – Medellín, 2016)



MAGDALENA, laica, casada con Fabricio, madre de 8 hijos, fue una cristiana impecable. Desde joven ejerció un liderazgo que la mostró incómoda ante la Iglesia Católica y el clero, pues en los Cursillos de Cristiandad, hacía las preguntas que nadie hacía, sobre el papel secundario de la mujer en el cristianismo, pidiendo explicaciones; sobre María Magdalena, una figura bíblica que le llamó la atención y que estudió, aun leyendo evangelios apócrifos y teólogos desconocidos; sobre eclesiología y comunidades de base, años después, cuando la teología de la liberación la marcó para siempre.

Magdalena Toro tuvo una sensibilidad social por los pobres, desde siempre, mucho más cuando participó en reuniones como líder y asesora laica en la trascendental reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana del año 1968 realizada en Medellín y por sus estudios como autodidacta, respecto a las implicaciones de las conclusiones del Concilio Vaticano II (1962-1965).

En su casa no era extraño encontrar indígenas y luchadores sociales invitados a ahorrarse los costos de un hotel, a dialogar con ellos y a tomar una buena alimentación. En sus épocas de abundancia y buenos ingresos su generosidad se explayaba en aportes concretos, por ejemplo, a la compra y construcción de inmuebles para darles dignidad a mujeres-prostitutas y a sus hijos; hizo otros ejercicios similares que sería largo enumerar.

Fundó el grupo “Signos de vida” -aún existe luego de 35 años- llamando a personas comprometidas en la opción por los pobres, de distintas frentes, pues en este hay hombres y mujeres que provenían de otras experiencias pastorales como Cristianos por el Socialismo, Servicios Juveniles La Salle, Juventud Obrera Católica, Pastoral Universitaria, grupo pastoral de Montebello y otros.

Tuvo una especial preocupación por la eclesiología, en tanto las comunidades cristianas primitivas le llamaban la atención, por la igualdad y diversidad de sus miembros, el compartir los bienes y por el centro de sus reuniones: la persona de Jesús de Nazareth resucitado.

Traducía del portugués reflexiones teológicas de comunidades de base del Brasil, con quienes construyó una comunicación permanente y adecuada, las cuales traía a la reunión de su grupo con el vivo interés de mantener una teología de los pobres, de los humillados y ofendidos, que era su punto de vista a diferencia de la teología vaticana.

Enfatizó igualmente la espiritualidad que provenía de una experiencia mística en relación con los más vulnerables; una espiritualidad de la tierra, una reflexión de fe desde las carencias de los más necesitados. Aunque en su vida personal llegó a enfrentarse en denuncias concretas contra el cardenal Alfonso López Trujillo, dialogó con aquellos sacerdotes perseguidos por aquel, pues consideraba que a pesar del patriarcalismo vigente en la institución eclesial, la soledad y aislamiento de los sacerdotes, era un mal irresistible; siempre les celebró el día del “buen Pastor” por la defensa de los derechos de quienes eran auténticos testigos del Cristo resucitado.

Magdalena Toro mostró un camino: el de revisar el rol subordinado de las mujeres en la Iglesia; en el grupo Signos de vida presidía nuestras celebraciones o paraliturgias y destacaba la eucaristía como un signo de unidad, reflexión y de convocatoria a nuevos compromisos.

Magdalena Toro, sentó bases para escuchar otras espiritualidades diferentes a la católica, se indignó con todas las modalidades de la injusticia. Trabajó en el Chocó, en algunos barrios populares de Medellín, alimentó las celebraciones de semana santa, el comité de defensa y solidaridad con Nicaragua, cuando la dictadura somocista oprimió aquel pueblo y dejó huella haciendo consistente su discurso con su obrar, pues compartió sus bienes con los oprimidos.

Laboró varios años para el Comité de Derechos Penitenciarios fundado por los abogados Guillermo Escobar y Héctor Abad Gómez, visitando a los presos en la cárcel Bellavista, apoyando a sus familias, dando una voz de aliento en medio de la tragedia de estar preso.

En su casa, lugar de convocatoria de todas las reuniones posibles, indicó el camino de la relación sacramental con la vida cotidiana: repartía comida, meriendas, refrigerios, porque para ella en primer lugar estaba la comunidad en un lazo de unidad desde la primera

eucaristía: saciar las necesidades básicas; segundo, era la unidad en torno a los propósitos sociales y la persona de Jesús de Nazareth.

Si se nos exigiese una palabra síntesis para resumir su vida, podría usarse la de “ACOGIDA”, pues siempre estuvo lista para invitar y dar abrigo, protección, seguridad, alimento, a quienes perdían y eran derrotados en la vida cotidiana. Además, sin ser profesional universitaria, tuvo una inteligencia crítica para señalar las fortalezas y debilidades del cristianismo en la práctica; fue fuente de reflexión teológica; mostró lo que hacían las mujeres en la Iglesia-Institución y lo que debían ser en la Iglesia-Pueblo de Dios. Incluso, re-escribió un “padrenuestro” sentido y vivo que sus amigos repiten como karma, símbolo de energía y motivación para la vida y para las nuevas generaciones.



Rubén Darío Jaramillo Cardona

Abogado y escritor

e-mail: jamillocarruben@gmail.com